

SIR ROBERT HODGSON: *Spain resurgent*.—Hutchinson, Londres, 1955; 260 págs.

He aquí un libro escrito por un alto funcionario de la diplomacia británica, que fué el agente británico en Burgos desde 1937 a 1939 y más tarde encargado de negocios ante el Gobierno Nacional, de febrero a abril de 1939. El contenido de esta obra abarca el período de la Historia de España, desde los últimos años de la monarquía hasta los tiempos presentes. Su estudio lo divide Sir Robert Hodgson en dos partes: el primero que comprende la época desde el advenimiento de la República hasta el final de la Guerra Civil, y el segundo, que se refiere a los principales aspectos de la política internacional española, desde entonces hasta los tiempos actuales, dedicándose el último capítulo de la segunda parte, a hacer una síntesis de sus opiniones sobre el pasado, presente y futuro de España.

En un corto prólogo que antecede al libro, escrito en enero de este año de 1955, el autor ya nos centra en la forma de enjuiciar a España, pues desde la primera línea admite una posición de crítica ante la actitud de la política seguida por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia respecto a España, en especial desde el momento en que terminó la Segunda Guerra Mundial. Hare ya en esta introducción una condenación a la actitud de las citadas potencias respecto a España, desde el momento en que admite como grave error, la línea de conducta seguida por ellas, de mantener uno de los tópicos de la propaganda comunista contra España, es decir, la posición pro-Eje mantenida durante los años 1939 a 1945, que desvirtúa de forma tajante con sólo remitirse a las declaraciones deprecias ante el Tribunal de Nürem-

berg, así como a las promesas y posiciones adoptadas por Churchill.

También en el prólogo hace una laudatoria mención al libro de Carlton Hayes *Wartime Mission in Spain*, del que dice que ha leído con gran detenimiento y que sirve plenamente para comprender la mentalidad española durante los años de la guerra, y que muestra el alcance de la "hábil prudencia del Caudillo" (en español en el original) en tales tiempos, para terminar poniendo su esperanza en que pronto la Gran Bretaña restablezca relaciones de amistad de amplios horizontes con España.

Los capítulos que corresponden a la primera parte del libro, llevan los siguientes títulos: 1.º La caída de la Monarquía Española. 2.º La Segunda República. 3.º Estalla la Guerra Civil. 4.º El desarrollo de los acontecimientos. 5.º Franco: las personas que lo rodean y sus problemas, y 6.º El final de la Guerra.

En los cuatro capítulos primeros citados, hace una extensa y documentada versión de los acontecimientos ocurridos en España durante la época a la que se refieren. Sigue en ellos el sistema de hacer una objetiva historia, sin entrar en polemizar ni tampoco hacer comentarios ni interpretaciones de mucho fondo o extensión. Ahora bien, el capítulo quinto, tiene un gran interés, pues en él hace desfilar a distintas personalidades que han desempeñado un papel primordial en la escena política española de los tiempos actuales. Este capítulo empieza con una amplia semblanza del Generalísimo. En ella, las expresiones de admiración hacia el Jefe del Estado Español, se suceden una tras otra, siendo de verdadero interés la reproducción del primer

despacho que envió al Foreign Office, después de la primera entrevista que tuvo con el General Franco. Entre acontecimientos ocurridos durante la Guerra Civil Española y años posteriores, el autor, nos va dando su parecer sobre distintas personalidades militares, políticas e intelectuales que apoyaron al Movimiento Nacional. Sobre este capítulo, así como en los demás de la obra, hay que hacer la salvedad que si en casi su totalidad están bien informados, sin embargo, deja de vez en cuando escapar algunos datos que no están redactados con completa imparcialidad, retorciendo un tanto los conceptos.

La segunda parte del libro está formada también por seis capítulos, que se titulan de la siguiente forma: 1.º El episodio de Tánger. 2.º Las relaciones hispano-británicas. 3.º España y Alemania. 4.º España y los Estados Unidos. 5.º España y su "Hermana Latina", y 6.º Ayer hoy, y mañana.

Todos estos capítulos, interesantes por la forma de enlazarlos, tienen, sin embargo, el defecto de estar vistos desde un punto de vista demasiado británico. Es lógico que el autor tome tal derrotero, pero también es natural que como españoles no estemos en un todo conformes con ellos. Mas, hay que hacer la advertencia que la forma de expresión y de redacción empleadas, no demuestran un intento de difamación o actitud tendenciosa; son únicamente un criterio, que lógicamente proveniente de un británico, nunca podrá ser admitido tal cual es en su amplitud por un español.

Después de haber terminado de leer este libro de Sir Robert Hodgson, consideramos que su síntesis crítica puede hacerse diciendo, que está escrito por una persona que ha buscado la honradez interpretativa como primera medida. Lógico es pensar que este estudio sobre la España actual está redactado con la mejor voluntad, pero a veces con la mejor voluntad se pueden cometer errores posicionales o verter conceptos que no concuerdan con la realidad. Una labor de

interpretación y de crítica sana es muy difícil llevar a cabo, pero cuando se desea dar a conocer a un público los acontecimientos ocurridos en un país, y máxime cuando son de la intensidad de los acaecidos en el nuestro durante los años 1936 a 1939, es necesario verlos con mentalidad española, pues intentar enjuiciarlos con mentalidad inglesa, se llegan a producir los errores que de vez en cuando se deslizan entre las páginas de esta obra. Quede, pues, bien delimitado que si se salvan tales juicios críticos redactados, no con mala fe, sino con deficiente interpretación, el libro de Sir Robert Hodgson merece ser leído con detenimiento.

Esta obra lleva una introducción firmada por el conde de Selborne, en la que al alabar el trabajo realizado por Sir Robert Hodgson, dedica una larga serie de píropos a España, propugna por un mejor entendimiento entre la Gran Bretaña y España, ya que "una necesita de la otra" y subraya la imprescindible conveniencia de que el pueblo inglés nunca olvide que el General Franco fué el primero que logró derro-
tar al comunismo.

Por último, consideramos conveniente, para mejor ilustración de aquel que estas líneas lee, hacer una pequeña ficha biográfica del autor. Sir Robert McLeod Hodgson nació en el año 1874, educado en el Trinity College de Oxford, ingresa en el servicio diplomático británico en 1907, para desempeñar primeramente puestos en consulados. En 1919 es alto comisario en Siberia, después de haber sido cónsul en Vladivostok, durante ocho años. Desde aquel año hasta 1927 desempeñó distintos cargos acreditado ante el Gobierno Soviético, siendo retirado en 1936, para volver a la actividad, como al principio de esta recensión se indicó, al ocupar los cargos de agente británico y luego encargado de negocios, en Burgos.

LUIS M.^o LORENTE RODRIGUEZ

NASROLLAH SAÏFOUR FATEMI: *Diplomatic History of Persia, 1917-25.*—Russell F. Mortu C^o. New York, 1953.

El presente volumen constituye el primero de una serie de tres dedicados a estudiar la historia diplomática de Persia en el período comprendido entre 1917 y 1930, abarcando este primer volumen hasta el año 1925. Natural

mente, esta primera etapa está condicionada por la rivalidad anglo-rusa, tema al que se dedica, con exclusividad, este volumen. En los momentos actuales, Persia atrae de nuevo la atención del mundo entero, con motivo de los

últimos sucesos que han originado la caída de Mussadeq y la formación de un Gobierno monárquico presidido por el general Zahedi. La cuestión del petróleo y del futuro del país vuelve, pues, a presentarse en toda su dramática intensidad.

En los años 1942-1945, el mando aliado del Golfo pérsico, llevó al país los primeros soldados que establecieron contacto con Persia, la cual se transformó bien pronto en el "puente de la victoria" a través del cual se transportaron más de cinco millones de toneladas de material de guerra destinadas a cambiar el rumbo de la lucha en Rusia. Los tres grandes —Churchill, Roosevelt y Stalin— se reunieron por primera vez en Teherán, en 1945, y años después, en 1946, Persia volvía al primer plano de la actualidad, al apelar al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas contra la intervención de la Unión Soviética en sus asuntos internos, con violación de los principios establecidos en la Carta, y contra la negativa rusa a retirar sus tropas del país en la fecha estipulada en el Tratado. El caso persa, terminado favorablemente, con la restauración de su independencia e integridad territorial, ha constituido uno de los puntos de mayor fricción en la guerra fría entre la Unión Soviética y las Potencias occidentales. En 1951, Persia se sitúa nuevamente en el primer plano de la actualidad mundial, al nacionalizar la industria del petróleo y entrar en una nueva fase de sus relaciones con la Gran Bretaña, fase que aun perdura y de cuya solución quizás dependa el futuro de las relaciones de Occidente con el Cercano y Medio Oriente.

Si en los años 1946-1947 Persia realiza un esfuerzo para reafirmar su independencia frente a la Unión Soviética y a sus peticiones de concesión petrolíferas en el norte del país, en los años 1951-1952, estos esfuerzos se dirigen contra la Gran Bretaña y tienden a la cancelación de sus concesiones de petróleo en el sur. Durante más de un siglo y medio, la Persia moderna ha sido el escenario de la lucha sostenida en el Oriente Medio por las grandes Potencias de Occidente, representadas principalmente por Rusia y la Gran Bretaña. La historia de Persia se caracteriza, pues, por una casi constante repetición de los mismos hechos que la han ido modelando, acentuándose esta similitud entre los años que siguieron a la primera guerra mundial y los últimos doce años.

El período cubierto por este primer volumen de la obra es relativamente corto, si bien es un

fiel reflejo del choque de intereses que ha convertido a Persia en zona crucial del mundo. Los imperialismos británico y ruso han hecho de Persia el escenario de sus operaciones políticas, económicas y militares, y el objetivo no ha sido únicamente el petróleo, sino también, y de modo particularísimo, la victoriosa expansión de sus imperios hacia Oriente. Estos manejos se acentuaron a raíz de la primera conflagración mundial y aun perduran en la actualidad. Las Potencias occidentales han tratado siempre a Persia como a un país de segunda o tercera categoría, observando el protocolo tan sólo en sus formas externas, tratándola, en realidad, como a una colonia. El país tenía que ser débil, pues así convenía mejor a sus ambiciosos designios y, por esta razón, han torpedeado siempre cualquier proyecto destinado al mejoramiento del país. Para nadie es un secreto que cuando Mussadeq tomó las primeras medidas para nacionalizar la industria del petróleo, los ingleses le dieron un plazo de tres meses, disponiendo de un sustituto más afecto a la causa británica.

En 1951-1952, las Grandes Potencias no quisieron reconocer la intensidad y fuerza de la corriente nacionalista que ha sucedido a los pueblos de Oriente Medio y Asia, ni el profundo cambio operado en su actitud. La filosofía fatalista de sumisión a Occidente ha cambiado radicalmente y en este cambio pueden señalarse dos factores principales, que han influido en el mismo: la revolución rusa de 1917 y los 14 puntos, del presidente Wilson. Hoy todo el Oriente Medio está en pie y cabe preguntarse si estas revoluciones que hoy contemplamos han de seguir el camino trazado por las democracias occidentales o han de ser absorbidas por el comunismo ruso.

En los años subsiguientes a la primera contienda mundial, América, a la sazón representada por Wilson y Lansing, presidente y secretario de Estado, respectivamente, se convirtió en el campeón de la defensa de la independencia de Persia contra los designios del imperialismo británico. En 1946, es la firmeza del secretario de Estado, Bymes, la que influye decisivamente en la retirada de las tropas rusas del Azerbaijón, mas, en estos últimos años, la política norteamericana ha dejado de seguir una línea constante y no parece tan clara y decidida como en los días de Wilson y Lansing, plegándose, en cierto modo, a la orientación inglesa en la disputa entre el Gobierno persa y la Anglo-Iranian Co.²

Tres acuerdos constituyen el núcleo principal de este primer volumen: 1.º El Tratado anglo-ruso de 1907, en cuya virtud la Gran Bretaña y el imperio zarista se reparten el país en dos zonas de influencia: la de los rusos al norte, al sur la de los ingleses, influencia que ambas Potencias procuraron aumentar mediante el sistema de concesiones económicas, por parte del Gobierno persa, tales como la explotación de los ferrocarriles, puentes, carreteras, minas y comunicaciones telegráficas, al norte, para los rusos y de otras similares al sur, en beneficio de los ingleses. 2.º El Tratado anglo-persa de agosto de 1919, a raíz de la primera guerra, en el que, desoyendo las justas peticiones de la delegación persa, que deseaba presentar dicho problema ante la Conferencia de la Paz, en París, y sin contar con el Majlis, se somete a Persia al control británico. Este Tratado pro-

vocó fuertes protestas, tanto en el país como en el exterior, dando lugar a la intervención americana en favor de la independencia persa. La denuncia del mismo se realizó dos años después, en 21 de febrero de 1921, con ocasión del golpe militar de dicha fecha. 3.º El Tratado ruso-persa de febrero de 1921, por el que la Unión Soviética pretende eliminar toda influencia inglesa, asegurándose la amistad incondicional de Persia, al convertirse en el campeón de la lucha contra "los pueblos oprimidos por el imperalismo capitalista", según reza su propaganda, si bien en realidad lo que el Kremlin intenta es abrirse el camino de la India y con él, la conquista de Asia entera por el comunismo.

La obra constituye una valiosa aportación al conocimiento y estudio de Persia y de sus relaciones internacionales en el período estudiado.

JULIO MEDIAVILLA

MAURICE ZINKIN: *Asia and the West*, bajo los auspicios del I. S. I. P. R., Chatto & Windus, Londres, 1951; 500 págs.

La independencia como tal, conduce a una libertad espiritual; pero la ignorancia, la pobreza, la usura, las deudas, el hambre, los problemas del renacimiento cultural y de la vida comunitaria continúan existiendo. En el Asia del presente no hay que ver solamente una revolución política, existe también una marea económico-social, un levantamiento contra el yugo extranjero y, asimismo, contra los privilegiados. En el éxito, en la lucha contra los viejos problemas de Asia, radica la cuestión principal para los gobiernos de la nueva Asia: su solución los mantendrá en pie o los hará caer. Ahora bien; téngase en cuenta que los avanzados sistemas políticos del Occidente no pueden ser impuestos a la sociedad agrícola asiática; como tampoco cabe esperar que la aplicación de la tecnología occidental sea capaz, por sí misma, de crear un inmediato incremento en su nivel de vida. Sin olvidar que el capitalismo es identificado por los asiáticos, demasiado fructuosa-mente, con el imperialismo y la explotación; y es mirado con frecuencia como una invención occidental. Empero tengamos en cuenta, del mismo modo, que el racionalismo asiático es observado como anticapitalista y antientropico. De ahí la necesidad de contribuir al conocimiento mutuo. Estos asertos que anteceden, constituir-

yen el núcleo del pensamiento de Geoffrey Heyworth.

Mas lo trágico del caso es que, precisamente, no parecen hacerse muchos progresos en el campo del entendimiento común entre las naciones occidentales y los pueblos asiáticos. A pesar de que existe un fuerte cúmulo de razones para actuar sensatamente. En efecto, cuando se vea en perspectiva la historia de esta centuria, los principales acontecimientos de la última década parece que han de ser los sucesos de Asia y no la guerra y los cambios que han ocurrido en Europa. Esta es la tesis de Zinkin, expuesta en el inicio de este volumen. Son evidentes las transformaciones que han tenido lugar en la escena asiática. Las consecuencias de estos cambios son muy grandes. Primeramente, en lugar de las potencias occidentales que han tenido lugar en la escena asiática. Las consecuencias de estos cambios son muy grandes. Primeramente, en lugar de las potencias occidentales, se ha introducido una amplia inestabilidad. El sitio de las potencias europeas ha sido dejado a una serie de focos de potencia: en Delhi, en Negrachi, en Rangún, en Batavia. La cuestión es cómo estos nuevos centros van a poder mantener la tranquilidad en sus países y de qué forma van a organizar su vida pacífica interna.

mente. Empero se ha dado otro cambio. Con la emancipación nacional ha surgido un período de reformas sociales y económicas. Y, he aquí, que la nueva Asia puede ser un Continente de gobiernos inestables, sujetos a cambios violentos. En consecuencia, el mundo se enfrenta con dos tareas. Una es organizar la seguridad internacional de la vasta área asiática. Y otra, fortalecer a los gobiernos sucesores de las metrópolis occidentales, impidiendo su quiebra por causas internas o por debilidad.

Mas, ante todos esos problemas, conviene no olvidar algunas evidencias de la indumbre asiática. Asia todavía es un Continente predominantemente rural. La aparente occidentalización de Asia en la última centuria no ha hecho sino raspar la superficie. Las tres cuartas partes de su población son agricultoras. Hay funcionarios gubernamentales y abogados; pero se carece de mano de obra industrial. Sólo el Japón siguió suficientemente los pasos occidentales reduciendo el porcentaje del pueblo encuadrado en los trabajos agrícolas. Y, para evitarnos unas alusiones prolijas, impropias de un simple comentario. llamaremos la atención sobre los siguientes por-
centajes:

P A I S E S	Porcentaje ocupado en la agricultura sevicultura y pesca	Porcentaje en el comercio, industria y minas
	1940	1940
India	97	16,5
Birmania	70	20
Tailandia	85	9
Japón	44	50
China	70-75	10,15
Indonesia	70	15
Indochina	71	6
Malaya	61	25
Ceilán	65	25
Filipinas	75	8
Corea	77	11
En contraste con:		
Australia	19	60
Gran Bretaña	6	56
Francia	55	29

Pues bien; el aumento de población y el aumento de influencia occidental han caracterizado, en los recientes años, a toda el Asia monzó-

nica. Ahora bien, conviene advertir, con el autor de *Asia on the West*, que el problema de la población excedente es reciente, salvo en China, y que no ha venido a ser desesperado hasta los últimos cincuenta años. Aun en ocasiones se llega a más. Por ejemplo, hay zonas en donde existe tierra disponible. Así, la provincia de *Langkiang*, en Manchukuo, tiene bajo cultivo la mitad de la tierra arable. Este dato procede de *Karl J. Peletz* en su *Economic Survey of the Pacific Area*. Del mismo modo, en el Norte y en la parte nordoriental de Tailandia sólo es utilizado el 7 por 100 de la tierra. Cítanse otros casos.

El hecho es que las cuatro partes de los campesinos de la India, China o Japón están viviendo por debajo de la línea de pobreza. La quiebra del entramado social de Asia se ha puesto más de relieve al comparar esa situación de las masas rurales con la relativa prosperidad de los trabajadores de las ciudades, creada por la influencia occidental.

De otro lado, la influencia del Occidente sobre Asia ha originado otras derivaciones. Una de ellas es la siguiente: la riqueza de las sociedades occidentales reveló al Oriente que su bajo nivel se debía a la ineficacia de sus propias técnicas. Esto era suficiente por sí para crear un fermento en el espíritu oriental. Pero la cosa no quedaba aquí. Occidente no llevó únicamente nuevos métodos de producción; exportó también nuevos modos de pensamiento. Todos los perturbadores elementos de la civilización occidental, con su énfasis sobre la libertad, sobre el progreso, sobre la igualdad, fueron inyectados a una sociedad, ya en crisis económica.

Empero las formas y efectos de este doble aumento, de población y de influencia occidental, han variado de país a país. En varios capítulos se nos dan las más importantes facetas de este par de presiones en la India, en China, en Java, en el Manchukuo, en Malaya, en las Filipinas, en Tailandia y en el Japón. Y más de una tercera parte del libro se dedica al estudio de estas materias.

Interesantes meditaciones sugieren otros temas tratados en este volumen, en especial los referentes al imperialismo, al capital y a la mano de obra, al papel del Estado, al pueblo oriental y a la ciudad occidental. Y gozan de amplia sig-

nificado las páginas relativas al hecho religioso en el Asia. Naturalmente. Téngase presente que la religión ha sido el gran interés de Asia. En el Oriente, no obstante, el racionalismo y el criticismo han dado sus frutos. El vacío se ha adueñado de numerosos espíritus. Recházase la religión tradicional, pero el hambre por una religión queda en pie. (No se olvide que, para Zinkin, la religión ejerce todavía una gran fascinación en el espíritu asiático, actualmente mayor que sobre el europeo). Eso explica la atracción del marxismo para muchos representantes de la *intelligentsia* oriental.

Es evidente que el panorama de la nueva Asia está mostrándose claramente. China y la India serán los dos centros políticos dominantes. Sus ideas darán el tono a la civilización asiática. Sus sistemas económicos serán los modelos para el resto de Asia. Para China sólo el comunismo puede aliviar la pobreza de la sociedad entera. La India se apoya en el liberalismo para llevar adelante el avance de su estructura económica. Las naciones asiáticas estarán atentas observando qué sistema resulta con capacidad para instaurar, en el plazo más rápido posible, la riqueza, la fortaleza y el prestigio.

Claro está que aun en una breve reseña deben quedar incluidos algunos juicios en torno a los asuntos de la defensa y de la seguridad en el Continente asiático. En realidad, para el mundo libre hay dos centros estratégicos: uno, vital; el otro, subsidiario. El núcleo vital, India y Pakistán; el secundario, Japón, India y Pakistán.

aun en los días del bombardeo atómico, son bien defendibles de un ataque procedente del "telón de acero", siempre que dispongan de suficiente potencia aérea. Desde territorio indio cabe controlar, de un lado, el Golfo Pérsico, y, de otro, la zona indonesia. Y entiéndase que las condiciones para organizar una defensa y un ataque en estas circunstancias son dos: Primera, India y Pakistán deben actuar en unión segunda, la India debe desenvolver una potencia industrial y una industria de aviación. Respecto al Japón, el principal interés de los aliados occidentales y de la India y del Pakistán tiene sus fundamentos en negar a Rusia su potencia industrial.

Empero en la urdimbre asiática no se olvide a la Unión Soviética. Sin embargo, téngase en cuenta que, en Asia, comunismo significará particularmente comunismo chino. Una China comunista triunfante será peligrosa. Las teorías son juzgadas por los resultados. El desafío de los chinos comunistas al libre mundo se apoya más en la posibilidad de su éxito económico que en su fuerza militar. En suma, el verdadero peligro está en un lento dedive en el nivel de vida, en un electorado desilusionado y en los políticos, que han perdido sus esperanzas de libertad y democracia. Los políticos desilusionados pueden venir a ser políticos corrompidos, el votante desilusionado hace el juego al demagogo. El resultado puede no ser el comunismo, pero ciertamente puede ser el fin de la democracia...

LEANDRO RUBIO GARCÍA

CHARLES-ANDRÉ JULIEN: *L'Afrique du Nord en marche*.—Julliard, París, 1953; 414 págs.

Hecho característico de esta postguerra, es la inclusión del mundo colonial o dependiente en la política internacional, de suerte que el problema planteado a Francia en el Norte de África ha cesado de ser puramente doméstico en particular después del reconocimiento de competencia de la O. N. U. de diciembre de 1952, en lo que respecta a los protectorados de Túnez y Marruecos. Por lo demás, los recientes acontecimientos acaecidos en la Zona francesa de Marruecos presentan aspectos internacionales evidentes, cualquiera que sea la reacción mundial ante el hecho consumado.

En esta coyuntura, acaso compás de espera de derivaciones internacionales del conflicto entre la metrópoli y el nacionalismo norteafricano.

la obra de M. Charles-André Julien, ilustre historiador del Norte de África, profesor de la Sorbonne y ex secretario general del Alto Comité del Mediterráneo y Norte de África, afecto a la Presidencia del Consejo, presenta un candente interés que no se debe estrictamente a motivos circunstanciales, sino a la preocupación de examinar la situación que domina el pensamiento de personalidad muy calificada para adelantarnos en la selva de hechos, sucesos, influencias, torpezas, abusos y aciertos que ha sido la historia de la pugna entre los nacionalistas norteafricanos y el propósito de Francia de afirmar su soberanía sobre Túnez, Argelia y Marruecos.

Frente a la tesis oficial de un nacionalismo agudo, nacido de la xenofobia y del desprecio

de una minoría de desagradecidos, hiel reflejo de la dogmática opinión del sector de los colonos, los grandes intereses económicos y la administración rutinaria, M. Charles-André Julien, tanto en la introducción de su obra como en el capítulo titulado "Los datos del problema", demuestra razonadamente que tales movimientos tienen raíces tradicionales y que su crecimiento y desarrollo ha sido determinado por la influencia del renacimiento del árabe y por motivos políticos, económicos y sociales señalados con minuciosa precisión. Salvo en el caso de Argelia, vinculada a Francia por ocupación militar, los nacionalismos se derivan de la aplicación de la fórmula de protectorado, amañada por vez primera en ocasión de la expedición a Túnez con vistas a su posterior anexión sin sobresaltar la opinión internacional, más tarde extendida a Marruecos con la aprobación de las demás naciones. Tal fórmula, dice el autor de *L'Afrique du Nord en marche*, creaba la contradicción de un poder ficticiamente detenido por el Bey o el Sultán, que cesaron prácticamente de gobernar a raíz de la instauración del protectorado, al quedar de hecho, ya que no de derecho, todo el poder legislativo y ejecutivo en manos del país protector.

En el caso concreto de Túnez, aunque la Convención de La Marsa hiciera notable mella en la soberanía beylical, no por ello "el Bey renuncia a su soberanía o la delega". Otra hubiera sido la situación según los términos de la Convención de 30 de octubre de 1882, suscrita entre el Bey Mohammed es-Sadok y el representante, M. Paul Cambon, por la que resultaba anulada la soberanía interna de Túnez (arts. 1 y 2). Pero tal Convención no fué ratificada por el Parlamento francés. La Administración directa que se ha practicado en Túnez desde el principio de la presencia francesa, se deriva exclusivamente de la decisión unilateral que expone el decreto del Presidente de la República de 10 de noviembre de 1884.

El capital problema de la soberanía interna se suscitó de nuevo en ocasión de la firma del Tratado de Fez, en el que Francia trató de incluir los términos del decreto presidencial más arriba citado. El propósito tropezó con la formal oposición del general Lyauté, que protestó con tra un "texto que sería una verdadera anexión, con todas sus consecuencias". Por lo demás la historia de la actuación del general Lyauté según los textos citados por M. Charles-André Julien, puede resumirse a una lucha sin tregua contra el prurito de administración directa, cu-

yas consecuencias no dejó de señalar. Pero todo su prestigio y energía no lograron anular la tendencia inveterada de la administración francesa, "heredera de tres siglos de centralización y asimilación coloniales", y que "trátese de protectorado, de mandato o de territorio bajo tutela, no concibe y no aplica más que la administración directa, dejando a los juristas el cuidado de justificar a posteriori el hecho consumado".

Pero no hay argumento jurídico, por ingenioso que sea, que logre anular la realidad de una toma de conciencia nacional que se realizó en función directa de la evolución que logra el país protegido. Las etapas del despertar del nacionalismo tunecino, argelino y marroquí, sus vicisitudes, sus luchas, la situación creada en los territorios correspondientes por la presencia francesa y la explotación de sus riquezas, los argumentos esgrimidos por los contrincantes, el endurecimiento de la postura francesa, las concesiones logradas bajo la presión nacionalista, las reacciones que han provocado tales concesiones hechas a regañadientes y a destiempo, pese a la resistencia del sector de los colonos, todo ello es minuciosamente estudiado, comentado y analizado con amplia visión del problema y una gran preocupación de justicia por M. Charles-André Julien en los capítulos dedicados al nacionalismo musulmán propiamente dicho.

Son estas páginas claro exponente de un pensamiento que no se deja apresar por formulismos doctrinarios y una exposición muy interesante de las conclusiones a que llega un francés al que no le duelen prendas a la hora de hacer un examen de conciencia de la actuación de su país en el Norte de África. Excusado es decir que la severidad con que M. Charles-André Julien enjuicia la presencia francesa en esos territorios ha sido ya objeto de recias críticas y polémicas. Hay, por desgracia, un sector de opinión francesa que resulta tan generosa en su piedad e indignación por los métodos coloniales de otros países —España, pongo por caso— que no reserva nada para los suyos propios. Contra este tipo de franceses, "demócratas, incluso revolucionarios en casa, pero conservadores y tradicionalistas para con los indígenas" (los que le han tocado en suerte, naturalmente), M. Charles-André Julien ha desplegado todos los recursos de una inteligencia que se apoya en la lógica y la razón, lo cual lo sitúa en un plano donde el patriotismo de vía estrecha o la preocupación de los intereses personales no tiene cabida. Lo único que preocupa al autor de

L'Afrique du Nord en marche es salvar lo que merece ser salvado de la obra de Francia: intereses militares, económicos y espirituales del país y no de un grupo exclusivamente.

Para ello se precisa una especie de revolución del sistema en vigor, reconoce M. Charles-André Julien, en particular en lo que atañe a los dos protectorados norteafricanos, donde "la forma en que los Gobiernos franceses se aferran a la noción de protectorado es una prueba de impotencia". Por tanto, Francia tiene que establecer, en primer término, una política musulmana coherente partiendo de la base de un organismo cuya misión sería asegurar al presidente del Consejo, al margen del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Interior, Organizar la Unión Francesa, que es actualmente pura teoría; dar a la Asamblea de la Unión Francesa un carácter de asamblea federal; aplicar lealmente el Estatuto argelino, resolver el problema de la representación electoral; he aquí las primeras tareas asignadas al proyectado organismo. En cuanto a Túnez y Marruecos, concretamente, reconocido que la fórmula de protectorado en vigor está rebasada y que el protectorado y la autonomía interna son conceptos incompatibles, hay que ir a un acto bilateral que

"sobre bases diferentes defina las relaciones con Francia". O sea que M. Charles-André Julien preconiza una revisión de los Tratados de Kasau Saïd y de Fez con vistas a llevar a Túnez y Marruecos a la dirección democrática de sus asuntos. Como contrapartida del sacrificio realizado al abandonar sus derechos protectores Francia podría requerir la entrada en la Unión Francesa de estos países en calidad de Estados asociados.

Los recientes acontecimientos de Marruecos excusan subrayar que a estas alturas la política preconizada por M. Charles-André Julien, centrada por supuesto en el respeto de los compromisos contraídos con los países protegidos y ante el mundo, tiene escaso margen de probabilidad de ser atendida por el Gobierno de Francia. Ello no resta un ápice al valor intrínseco de esta obra, a la que tal vez un día los acontecimientos den la razón. La discusión del Tratado sirio francés, iniciada en 1936 por M. Pierre Viénot, suscitó en su día la clamorosa oposición del sector inmovilista de siempre. Pocos años después se vió quién tenía razón al perder Francia no sólo el mandato sobre Siria y Líbano, hoy independientes, sino toda influencia en esos países.—CARMEN MARÍN DE LA ESCALERA.